

# ¿OTRA VEZ FIN DE SIGLO, MADAME?



Evocación de fin de siglo. Una caravana de coches de caballos desfila junto a los modernos automóviles por la avenida del general Foch, con dirección a Autell.

Madame, usted ha ganado, desde luego, con esta fiesta elegante, casi romántica, reconstruyendo sobre el asfalto de París su época de encantadora cortesía, en la que intentaban hacer una dignidad de su constante frivolidad; una dignidad que resultaba bastante convencional, a fin de todo, madame.

Pero usted ha ganado. No voy a po-

28. VI. 54

nerle inconvenientes. Sin renegar para nada de este tiempo, le diré que ha logrado usted entusiasmar a la juventud que la contempla pasar, tan ceremoniosa, tan femenina, tan elegante, junto al caballero de la chistera gris, que hace restallar el látigo sobre los charolados troncos.

Usted, yo creo adivinarlo, se ha sentido sentimental. Ha perdido en la revolución su álbum de fotografías, y ahora que es abuela—¿quién puede creerlo, madame?—, ha querido impresionar los veinte años de su nietecilla, a quien ha sorprendido con pantalones rojos, pilotando una motocicleta. Pero no se aterrorice usted, madame. De seguro que su mayor indignación habrá sido también porque la niña no llevaba guantes, como usted. No es censurable. Mire usted el calendario, madame; mírelo usted. Medio siglo ha pasado desde entonces. París se ha vuelto turístico y aburrido. Verlaine pasea su espectro por los jardines del Luxemburgo, y Baudelaire, dandi, borracho de morbosidad, sigue cambiándose de hoteles, pero en otro mundo, madame. ¿Usted me comprende? No regañe a su nietecilla y contéplela cuando pasa bajo la ventana, con sus pantalones rojos, pilotando la motocicleta grasienta y estrepitosa. Contéplela, y haga un esfuerzo por sonreír...

Nosotros no podremos triunfar como usted a la vuelta de medio siglo. Sabemos de antemano que no tendremos esa ventaja, esa diferencia que existe hoy entre su tiempo y el nuestro. La civilización va nivelándose, tiende a igualarse por espacios larguísima, de siglos. Desde su quinqué a nuestra lámpara eléctrica ha pasado mucho más de medio siglo; pero desde esta luz casi mágica nosotros sabemos que ya no vendrá nada más impresionante.

Usted ya ve cómo fracasamos ante la idea de impresionar a los niños del año dos mil. Ya lo ve usted. Nos parece admirable su rasgo sentimental, reconstruyendo toda una época en que la cortesía estaba en plena vigencia y en que hasta se cometía la estupidez de morir de amor. Para nosotros todo ha quedado en literatura de Merimée. Créamelo usted, madame. Ahora, afortunadamente, ya nadie muere de amor. Tampoco se envían esquelitas perfumadas por la criada vieja ni por el discreto cochero de la casa. Es mucho más eficaz una llamada telefónica. Hablando se entiende uno siempre mejor que escribiendo tópicos con mayúscula. Para usted ya sé que cualquier tiempo pasado fué mejor. Para nosotros es posible que también, madame. Ya lo verá usted; ¡ah!, pero no, no lo verá; ¡Imposible que lo vea usted! Me refería, madame, a que su nietecilla suspirará posiblemente por su pasado. Igual, lo mismo que usted. Pero con la diferencia de que ella suspira por su motocicleta, grasienta y estrepitosa.

No se horrorice usted. Sea comprensiva y reconozca que nosotros tenemos en nuestras manos la más cómoda época, el más luminoso presente lleno de eficacias.

Haga usted un museo y reúna en él las reliquias más representativas de su tiempo: el abanico de una bella dama de la sociedad; la ceniza de un habano de Jorge Sand; una trenza de Juana Duval, para que veamos qué cabellos enloquecieron a Carlos Baudelaire... Y en ese cementerio de recuerdos, consuélense usted, madame, dejándonos un pequeño hueco para nosotros. Será quizá donde colcaremos, dentro de medio siglo, como una estampa antigua y desvaída, una fotografía en la que salvemos del olvido del tiempo este solo detalle, quizá el único y el último que nos queda: la cortesía, la agonizante cortesía, que se muere sin envejecer, madame.